

ro esta mujer es tan necia, que, como se la ponga una cosa en la cabeza, no se la apea nadie. ¡Pues no había de ser esta burra la nuestra!... Vamos...

—Y lo es, lo es. Déjala ir á la cuadra... ¿á que se va derecha á su pesebre?

Angel dejó la burra en libertad, no sin un poquito de miedo de que Vicenta tuviera razon; y, en efecto, la burra se fué sin vacilar derecha al pesebre que había dejado dos días antes.

Realmente era la misma que Angel llevó á la feria el primer día.

Los gitanos, en el último cambio, le habían vuelto á dar su misma burra sin que la conociera. La habían esquilado; en la oreja rota la habían puesto un alambre; en el ojo tuer-to una lente de cristal oscuro, que la misma burra sujetaba apretando los párpados al sentir la molestia, y la nube del otro ojo se la habían teñido con humo de aceite de linaza.

—¡Ay, Angel—decía Vicenta á su marido, al ver que, despues de tres días de ir y venir á la feria y de hacer y deshacer cambios, había dejado por allá once duros para venir á quedarse con su misma burra.—¡Ay, Angel! tú asegurabas que en cada feria había un bobo: y creo que tenías razon, pero tú has sido el de ésta.

## VII

## CASTILLO DE NAIPES

## CASTILLO DE NAIPES

---

—Pues, señor, bien... ¡Gracias á Dios que veo la luz de este día tan deseado!... Ya estamos á 19 de Abril... Santa Ines... Y debe estar un día muy hermoso... como casi todos los años... Basta que sean los días de ella... que estará mucho más hermosa que el día, de seguro...

Ya cantan los canarios en el comedor; debe de ser muy tarde... ¡Huy! más de las nueve y media... Voy á llamar al criado para que la lleve las flores... ¡Cómo la voy á sorprender! No sabe que estoy en Madrid, seguramente no lo sabe... Como hace año y medio que fálto de la corte...

Tiraré del cordon de la campanilla... Bueno: ya ha sonado. Ahora vendrá Alejo, y... ¡Adelante!...

—¿Ha llamado el señorito?

—Sí; yo he llamado.

—¿Quiere el señorito chocolate?

—No, hombre, no quiero chocolate (¡cualquiera toma chocolate en una fonda!); quiero té con leche. Pero encárgaselo á la cocinera, que tú tienes que ir á un recado.

—A donde el señorito mande.

—Bueno; mira, Alejo, vas á ir al puesto de flores de Ramona la Valenciana, ¿sabes?... En los derribos de la calle de Sevilla... Una de aquellas casetas de madera... Fíjate bien... tiene un rótulo que dice: *Ramona la Valenciana*.

Allí tendrán ya hecho un ramillete de flores muy hermoso y muy grande... tú vas allí con una tarjeta mía... ¡Ah! coge la tarjeta; mira, en el bolsillo interior de la levita estará el tarjetero... No, en el del frac, que anoche me puse el frac... ¿Está ahí?... Sí...

Coges una tarjeta y un billete de cinco duros, te vas al puesto de flores de Ramona la Valenciana, preguntas por el ramillete que yo encargué ayer tarde, que será el mejor que haya allí, te le dan, le pagas, y le llevas con la tarjeta, á la calle del Oso, número...

—¿Á casa de la señora Condesa?

—¡Justo! Á casa de la señora Condesa: á donde llevabas los dulces hace dos años.

—Está bien, señorito.

—Adios, Alejo... Que está bien, dice: pues claro que está bien... Como que casi no puede

estar mejor. Dentro de un cuarto de hora, poco más, llegará Alejo con el ramo de flores, llamará, saldrá María, la doncella, cogerá el ramo y se le irá á enseñar corriendo á la señorita... que dirá toda sorprendida y poniéndose colorada: «¡Calla! ¡Ha venido Gonzalo!... ¡Y le ha saltado tiempo para felicitarme los días con este precioso ramillete!... ¡Qué bueno es Gonzalo, y qué fino, y qué amable... y qué talento tiene! ¡Cómo ha cuidado de que la primera felicitacion que yo recibiese hoy fuera la suya!...»

Todo esto lo dirá dando vueltas al ramo y acariciándole y pasándole la mano con mucha monería. Despues cogerá una gardenia y la pondrá en el pecho, para no separarse por entero del recuerdo mío, y seguirá peinándose... y pensando en mí, naturalmente... ¡Estará más hermosa!...

La verdad es, que me había de levantar, pero tengo pereza... Es tan dulce estarse así, sin hacer nada, cuando es uno feliz... como lo soy yo ahora. Porque ¡cuidado que soy feliz de veras!... Y lo seré mucho más todavía... Sí, Gonzalito, sí... Te digo que vas á ser el hombre más feliz del mundo... Esa mujer vale un Potosí... Esa mujer es un ángel... Esa mujer no tiene precio...

Quando concluya de peinarse más primo-

rosamente que otros días, como que hoy se peina para mí, irá á misa con su madre á San Cayetano... si es que no ha ido ya á comulgar por la mañana... que sí habrá ido, porque ¡es más buena!... Pero aunque así sea, volverá seguramente á misa de doce... y creará que me va á ver allí... No, no me verás, alma mía... Está muy lejos.

Á media tarde, viendo que no he ido por allá todavía, dirá Ines á su madre: «Mamá, podías mandar una tarjeta á Gonzalo, convidándole á comer, porque si no, es posible que no venga á darme los días hasta la noche, y francamente...» Este francamente y estos puntos suspensivos quieren decir: yo no quiero tardar tanto en ver á Gonzalo, yo deseo verle cuanto antes... ¡Bendita seas, Ines, bendita seas!...

No, y como la Condesa me convide á comer, acepto el convite y voy volando. ¡Vaya si voy! Lo contrario fuera una grosería. Á más de que no he de desperdiciar una ocasion así de comer con Ines... y sentarme á su lado... Y como esté muy amable conmigo, que sí lo estará, hoy mismo me declaro formalmente.

Ella no me dirá hoy que sí, de plano; pero me lo dejará entender con algun rodeo, yo insistiré dentro de unos días, y al cabo me dirá que sí... de seguro... Es una muchacha

muy formal, y si no me quisiera no me lo hubiera dado á entender tantas veces con los ojos, este verano hará dos años.

Despues concertaremos la manera de vernos á menudo... Me dirá que va por las mañanas con su madre al Retiro, porque se lo ha recomendado el médico... Yo iré tambien y las encontraré de *casualidad* por allí hacia la Casa del Pobre y las acompañaré y tomaremos en el *Lactante-Club* leche con bollos, y cuando su madre se entretenga en mirar la cria de los cisnes, hablaremos largo y tendido de nuestros proyectos de felicidad futura, que será completísima.

Tambien la veré en el Circo de Price los martes por la noche y entraré un rato á sentarme junto á ella en el palco, y se me quejará con encantadora sencillez de que la quiero poco, porque voy pocas veces á su casa, cuando su mamá no desea otra cosa, y ademas porque me ha visto mirar á Luisa y saludar con demasiado cariño á Teresa... Pero yo la tranquilizaré, y quedaremos tan enamorados y tan conformes.

Al verano me iré detras de ellas á San Juan de Luz, y la veré todos los días en la playa, y haremos una expedicion á Lourdes y muchas á Bayona, y así intimando cada vez más en el viaje de vuelta me autorizará para pedirla.

La pediré... y como estaremos ya entrando en el invierno, se concertará la boda para la primavera... de suerte que á otro año por ahora, si no estamos casados ya, estaremos para casarnos...

¡Qué día aquél... el día de la boda!... Y despues ¡qué dicha la mía y qué felicidad tan grande!... Casado con Ines... el sueño hermoso de toda mi vida... ¡Me querrá tanto!... Pasaremos la primavera en Italia, el verano en Alemania, el otoño en Francia, y volveremos á Madrid poco despues de la apertura del teatro Real, donde tendremos abono... como en el Español y en la Comedia... todo esto contando con que á Ines la gusten estas cosas, que lo que es por mí... á mí me basta con estar cerca de ella: yo no quiero ni querré nada más que á ella.

Viviremos en la Ronda de Recoletos, que es un sitio muy elegante... digo, si quiere Ines, que sí querrá, porque no querrá más que lo que yo quiera... Mi amigo Pepe Centeno, que tiene desocupados los dos principales de su casa de la calle del Arenal, me ofrecerá uno; pero no me pesca. La calle del Arenal es insufrible... con tanto barullo de coches y carros... Hoy lo céntrico es de mal gusto.

Al verano siguiente ya tendremos un ni-

ño... ¡más mono! Se llamará Gonzalo, como yo: eso sí; lo que es como sea niño, el primero se ha de llamar como su padre.

Le llevaremos á paseo con nosotros: iremos Ines y yo y llevaremos á la niñera con el niño; nos bajaremos del coche á la entrada del Retiro, junto á la puerta de Alcalá, y subiremos á pié por la fuente de Galápagos, llevando tambien el niño delante en brazos de la rolla, y todos los que le vean dirán por lo bajo: «¡Qué niño más hermoso!» ¡y nos mirarán con una envidia!...

Le iremos á retratar en casa de Napoleon, el gran fotógrafo, la especialidad en retratar niños, y, es claro, saldrá admirablemente, y Napoleon pondrá un ejemplar abajo en el muestrario de la puerta, donde estará tan mono sonriéndose ¡hijo de mi alma! y haciendo que se paren á mirarle todos los que pasen por la calle del Príncipe. —¿De quién será este niño tan guapo?—preguntará Isabel á su marido, muerta de pesadumbre. —No sé—la contestará él aparentando indiferencia; y seguirán mirándole. Pero en esto llegará Paco que ya conocerá al niño y les dirá:

—¿Estáis mirando á Gonzalito?

—¡Ah! ¿tú conoces este niño? ¿De quién es?

—¡Toma! Pues de Gonzalo Quintana, del Conde de Rueda.

—¡Qué hermoso! Claro, como la Condesa es tan hermosa... (porque Ines hay que reconocer que es muy hermosa) y el Conde... (la verdad es que yo tampoco soy feo). ¡Dios se le conserve! —dirá por fin Isabel ahogando un suspiro, porque como ella no tiene hijos, la pobre...

Dos años despues tendremos otro que se llamará Luis, como su abuelo, y no será rubio como Ines, sino moreno como yo, pero tambien será muy guapo. Despues tendremos una niña que regularmente se llamará Dolores. Yo más quisiera ponerla Ines como su madre, á la que se parecerá, es claro; pero su abuela se empeñará en que se ha de llamar como ella, y dirá que no la quitemos ese gusto, y que ya Dios nos dará más y las podremos poner como nos dé la gana... y no habrá más remedio que transigir con mi suegra... que casi no se la puede llamar suegra, porque es tan amable... Tambien en esto voy á tener mucha suegra... digo, mucha suerte... ¡Qué loco estoy de alegría!... Ya casi no sé lo que digo... Y la cosa no es para menos.

Tras de esta niña, que será enteramente un encanto, con los ojos azules como el cielo de Aranjuez, y el pelito rubio como las palmas de Orihuela ó las espigas de Paredes de Nava, tendremos alternativamente un niño y una niña y otro niño... todos tan hermosos...

¡Ah! pero sobre todo la niña primera... Será una criatura preciosa. Cuando llegue á los dos reales, es decir á los diez y siete años, se la podrá ver... Por supuesto que tendrá los novios así, como los dedos de la mano; pero yo me decidiré... es decir, ella se decidirá, con la aprobacion de sus padres, porque será una niña muy obediente... se decidirá por el primogénito de mi amigo el Marques de Siete-Cruces, el niño que bautizamos el otro día, que tendrá unos seis años más que ella... edad proporcionada... Y serán muy felices... Pero me parece que esto es adelantar demasiado el discurso...

Todavía los niños no van al colegio, aunque irán pronto, eso sí, muy pronto;... lo que es los dos mayores, Gonzalo y Luis... Pero en fin, ni á ellos ni á Lolina, todavía no es hora de pensar en casarlos...

Por de pronto se van desarrollando muy bien, y nunca están enfermos... Especialmente el segundo, Luis, es tan robusto... Verdad es que para eso tenemos cuidado de llevarlos por las mañanas al Retiro en cuanto entra el buen tiempo: allí corren ellos y enredan á sus anchuras.

Vamos con ellos Ines y yo, porque no se les puede dejar solos, y nosotros somos unos padres modelo... Llevamos dos criadas para te-

ner en brazos los dos más pequeños, y otra para ir al cuidado de los tres mayores.

Y á veces no basta, porque se van cada uno por su lado y... Ahora, por ejemplo; si atiende á la niña que quiere echar pan á los patos, para lo cual se pone medio á caballo sobre el antepecho de hierro del estanque grande y es posible que dé la vuelta, no puede atender á los otros, que ¡son más traviosos!... principalmente el segundo...

Pero ¿qué diablos está haciendo aquel chico?... ¡Pues no está subiendo á un árbol!... Y se va á caer, y se va á romper algún brazo... ¡Luis!... ¡Luis!... ¡No te subas!... Se cae de seguro... voy corriendo...

—Señorito...

—Déjame, Alejo, déjame por Dios... Se va á caer...

—Aquí traigo las flores, porque en casa de la señora Condesa no había nadie más que dos criados. Ella creo que se ha ido hace quince días á vivir á un convento. La señorita se casó hace dos meses, y está, con su marido, viajando por Italia.

—¡Ay! (*prolongado*)... Pues entonces no me importa que se caiga el niño...

## VIII

## LA ULTRAPATIANA

## LA ULTRPATIANA

---

—Aquí donde me ves tan desgraciado—me decía Juan muy formal y muy triste,—has de saber que he estado á cuatro pasos de la dicha, á cuatro pasos, como te lo digo, de ser el hombre más feliz y más afortunado de la tierra.

Fué una cosa de esas que suceden una vez en la vida... Que se nos presenta la fortuna al alcance de la mano, como quien dice, y por negligencia, por ligereza de juicio ó por falta de constancia la dejamos escapar, y no vuelve.

Sí; por aquella negligencia y aquella falta de constancia de que nos arguye el antiguo refran que dice: «¿á la primera azadonada queréis sacar agua?»; por esa negligencia y esa falta de constancia y esa ligereza imperdonable, ha sido un árido desierto mi vida. Si hubiera dado un par de azadonadas más, hubiera encontrado el manantial clarísimo y abundante que me la hubiera convertido en un oasis delicioso...

Le pasó á este infortunado amigo tuyo lo que á la mona de la fábula, que arrojó el exquisito fruto del nogal en cuanto sintió que amargaba por fuera...

Verás qué historia más triste...

Hacia cosa de un año que había vuelto yo á Madrid despues de la guerra y de la emigracion subsiguiente, y para consolarme de las desilusiones, contrariedades y desengaños que acababa de sufrir, para ver de endulzar de algun modo las amarguras de la derrota, estaba resuelto á casarme.

Debo advertirte que, segun me decían mis amigos y segun á mí tambien me parecía, modestias aparte, me hallaba en excelentes condiciones para ello.

Frisaba en los treinta años; era á la sazón el escritor más leído y loado, el poeta de moda; no había sesion de la Juventud Católica, á cuyos salones acudía por entonces en son de protesta antirrevolucionaria lo mejor de Madrid, en que no se recitaran mis versos, recibidos siempre con atronadores aplausos; el periódico en que escribía era el que se buscaba y se leía primero en las redacciones de los demas, aún de los de ideas más opuestas á las mías, y las agudezas mortificantes de la seccion que en

él me estaba encomendada, y que á pesar del anónimo se me atribuía públicamente, eran celebradas y repetidas y comentadas con regocijo por todas partes, lo mismo entre los muchachos de la Universidad, que en los corrillos de los políticos, que en las tertulias de la nobleza... En éstas, ademas, con verdadero orgullo de clase.

El alto cargo que había desempeñado con lealtad y lucimiento en el campo *rebeldé* me daba respetabilidad, aún entre los enemigos, y el mismo vencimiento, sufrido sin culpa y aceptado con dignidad, me servía de aureola simpática.

—Usted puede hacer una gran boda—me solía decir mi director espiritual, el padre Alba, que era un bendito;—se puede usted casar aunque sea con una princesa.

Lo cual, descontando la hipérbole, y dando su verdadero sentido á la frase, quería decir que podía aspirar á una excelente colocacion; y nada más cierto.

Como tenía que frecuentar las reuniones aristocráticas, conocía ya, en muchachas casaderas, lo más florido, casi todas las de familias buenas y bien acomodadas.

Hago expresa mencion de esta cualidad última, porque, aún cuando no era la principalmente intentada, no la quería tampoco des-

atender en absoluto; pues por lo mismo precisamente que, fracasado mi ideal político, me hacía cuenta de no ocupar ya jamás ninguna de las brillantes y pingües posiciones oficiales á que antes me creyera llamado, quería que la mujer á quien había de unir mi suerte estuviera regularmente dotada, de modo que entre lo que ella me trajera y lo que yo ganara reuniéramos lo suficiente para poder soportar sin angustia las cargas del matrimonio.

Yo no creo, ni he creído nunca, que deban casarse solamente los ricos; pero he creído siempre que los que se casan sin los medios de subsistencia proporcionados á su clase y estado, no saben lo que hacen, no proceden con la reflexion y la cordura propias de seres racionales en asunto de tan trascendental importancia, y se exponen á hacer infelices á sus hijos, si Dios quiere dárselos... Porque el hijo de un jornalero puede ser jornalero también; pero el hijo de un señorito, que no tiene de qué vivir, casi no puede ser más que un perdulario...

Perdóname esta digresion—dijo Juan,—y vuelvo á la historia.

Iba diciéndote que conocía en Madrid casi todas las muchachas casaderas más aceptables, conocimiento que respecto de algunas era de fecha muy reciente, de aquel mismo invierno; pero respecto de otras, databa ya

de diez ó doce años atras, de cuando era estudiante, que iba ya á los bailes y reuniones del gran mundo. Verdad es que las muchachas de aquella época me iban pareciendo ya un poco viejas para mí, á pesar de ser mis contemporáneas.

A un hombre de treinta años, me decía yo, le corresponde una mujer de veinte, segun la fórmula que dice: edad de la mujer, igual á la mitad de la del varon, más cinco años... Que es la misma fórmula de la pubertad, porque  $12$  (pubertad de la mujer) =  $7$ , mitad de  $14$  (pubertad del hombre), +  $5$ ...

Aunque te he dicho que conocía á casi todas las jóvenes de viso, había tres ó cuatro (y por eso puse el casi) á quienes conocía de referencia, por haber oído hablar de ellas con elogio, pero no de trato ni de vista, porque no iban á bailes, unas por estar de luto, otras por desacuerdo con las costumbres corrientes ó por escrúpulos de conciencia.

De la hija de los Marqueses del Abedular me hablaba mucho un compañero mío de fonda, amigo de sus padres, que solía comer en su casa un día á la semana. Era, segun él, una muchacha de gran discrecion y virtud, de claro entendimiento, de carácter dulce y sencillo, y que, sin ser lo que se dice hermosa, resultaba muy agradable. No iba aquel año á reuniones

porque estaba de luto por un hermano, fallecido hacía poco.

De Anita Almaraz, hija de unos señores ricos de Trujillo, que habían trasladado recientemente su residencia á la Corte, también había oído hablar, con grandes ponderaciones, de su hermosura y de su piedad, pero tampoco había tenido ocasión de verla.

Lo mismo me pasaba con la Condesita de Santibáñez, de la que también había oído hablar mucho.

—Es la mejor novia de Madrid—me solía decir mi compañero de visita á los pobres de la Conferencia de San Vicente,—por más que no brilla en el mundo, ni acaso haya usted oído hablar de ella...

—Sí; hablar de ella sí he oído—le decía yo; —pero no la conozco, no la he visto por ninguna parte.

—Se la vé poco—añadía él,—es decir, no se la vé nunca en paseos de lujo, ni en teatros, ni en fiestas. Únicamente en las cuarenta horas por las tardes, ó por las mañanas en misa, á donde suele ir con su madre, vestidas ambas con sencillez y modestia. Pero es inmensamente rica y, lo que vale más, sinceramente buena, muy virtuosa y bastante guapa.

Análogos ponderaciones había oído hacer á otros amigos hablando de la Baronesita de

Monreal, que también vivía retirada con su madre, también tenía una cuantiosa fortuna y también era, según contaban, muy bien parecida y sinceramente piadosa...

Cuando oía hablar con tal encomio de alguna de estas jóvenes, me entraba curiosidad de conocerla; pero luego se me iba pasando, y ya no me volvía á acordar hasta que oía hablar de ella otra vez. No encontrándolas de casualidad, como quiera que ya conocía tanto y tan bueno donde escoger, no me tomaba la molestia de buscarlas, tratando más bien de fijarme y decidirme por alguna de las que conocía.

Así estaban las cosas, cuando una mañana, al ir á la redacción del periódico, no desde la fonda, como de ordinario, sino desde casa de un amigo con quien había tenido que tratar un asunto, entré á oír misa en la iglesia de San Sebastian, que me cayó al paso. Empezaba la de las diez y media, y me puse á oírla. Poco después del alzar, habiéndose acabado otra que estaba ya al medio cuando yo había entrado, se levantó del sitio que ocupaba, y vino á colocarse cerca de mí, una señorita con la cabeza graciosamente envuelta en una mantilla de encaje y el cuerpo enfundado en un vestido de lana pardusca, como los hábitos de los frailes franciscanos, ceñido con un cordón

parecido tambien á los que usan los frailes; y arrodillándose frente á una imágen de San Antonio de Pádua, se puso á rezar devotamente.

Era de regular estatura, más bien baja que alta, delgada y fina de cuerpo, de manos blancas y menudas, de ojos negros con mirar expresivo y dulce, y de rostro... no me atreveré á decir hermoso, pero intensamente simpático.

Despues de rezar un poco, leyó en un libro; despues volvió á rezar, y concluído su rezo poco antes de que concluyera la misa que yo oía, salió de la iglesia, acompañada de una señora algo más bajita, dejándome con cierta curiosidad de saber quién fuese.

Por supuesto, que desde que se vino á rezar á mi lado hasta que se marchó, casi no la quité ojo, y tambien ella, al levantar alguna vez los suyos del libro para fijarlos en el santo, ó al bajarlos del santo para volver á posarlos en el libro ó clavarlos humildemente en el suelo, me echaba alguna que otra mirada furtiva.

Al día siguiente, al ir de la fonda á la redaccion, en vez de entrar á oír misa, como tenía por costumbre, en la iglesia de las Calatravas, que estaba al paso, me fuí de expreso á la de San Sebastian, procurando llegar á la misma hora que el día anterior, y volví á encontrar allí á la niña del hábito pardo, la

cual tambien, al concluirse la misa que oía, vino á arrodillarse delante de San Antonio y le hizo su rezo, que debía de ser una novena, igual que el primer día, mirándola yo constantemente y mirándome ella con más frecuencia y menos disimulo que el día antes.

Cuando, concluídas sus oraciones, salió de la iglesia en compañía de la misma señora del primer día, que por ciertos rasgos fisonómicos me pareció que debía de ser su madre, salí detrás decidido á seguirlas.

Tomaron la calle de las Huertas, que siguieron hasta el cruce con la de Leon, muy despacio desde que advirtieron que iba yo detras, parándose á mirar los escaparates de las tiendas, como para cerciorarse de si iba siguiéndolas ó iba porque diera la casualidad de que fuera aquél tambien mi camino. Cuando estuvieron seguras de lo primero, pues siempre que se paraban ellas me detenía yo tambien, continuaron andando á buen paso, volviéndose la niña alguna vez á mirarme con una mirada como de gratitud y de aliento.

Al llegar á la calle de Leon, echaron por ella hacia la izquierda hasta encontrar la de Lope de Vega, que tomaron y siguieron resueltamente hasta la casa número 7, donde entraron.

Era una casita baja, de humilde apariencia,

y esto ya empezó á disgustarme; pero reaccioné en seguida, pensando que sería suya propia, y que el piso principal, bien amueblado, podía ser una excelente habitacion, cómoda y elegante.

Toda esta ilusion se vino abajo inmediatamente.

Porque habiendo apretado el paso para colocarme frente al portal, antes que desaparecieran por la escalera, ví que no tomaron ésta, que estaba á la derecha, sino que siguieron de frente, salieron al patio, atravesaron éste, que no era muy grande, y entraron por una puertecita que había al otro lado como para cuartos interiores.

Se me cayó el alma á los pies; y aunque la niña al atravesar aquella puerta ignominiosa me echó una postrera mirada mas halagüeña y dulce todavía que las anteriores, la dije mentalmente: «No: hasta aquí llegó mi amor, es decir, hasta el patio; mas allá no pasa». Y me fuí hacia la redaccion del periódico pensando amargamente: «¡Pero cuánta farsa y cuánta farándula hay en este Madrid! Esta niña tan modosita y tan mona, de tipo tan fino y delicado, de andar tan elegante, vestida con modestia, admirablemente hermanada con el buen gusto, cualquiera creería que era alguna condesa... Y, por lo visto, será hi-

ja de algun empleado de cinco mil reales, ó acaso de algun cesante que no tendrá más que el día y la noche... ¡Cuando vive en un cuarto interior de la calle de Lope de Vega, que costará cuatro duros mensuales ó cinco, á lo sumo!... ¡Ya, ya! ¡Para que uno se líe de apariencias!...»

A otro día ya no volví á misa á San Sebastian; pero volví á pensar más de una vez en la niña del vestido pardo, cuyas dulces miradas, y muy especialmente aquella última, me habían llegado al corazon, y seguían trabajando sobre él y ablandándole y cautivándole..

«¿Por qué no he de volver á verla?—me decía yo;—¿qué pierdo por volver á seguirla?... Podría ser que no vivieran allí y hubieran entrado casualmente... Mas ¿á qué habían de haber entrado?... Pero ¿quién sabe?...

En fin, que para asegurarme más en mi determinacion de abandono absoluto, ó rectificarla si hubiera motivo, á los cinco ó seis días de retrainiento volví otra vez á San Sebastian á la misma hora. Y las volví á encontrar allí á la hija y á la madre, produciendo en ellas mi reaparicion alegría visible.

Digo en *ellas*, porque ambas se alegraron, y á las dos las conocí la alegría en el semblante, y porque despues de oír misa, al salir detras de ellas á la calle, no sólo la niña me mi-

raba sin reserva alguna, bañándome tranquilamente en miradas francas y afectuosas de verdadero cariño, sino que su madre me miraba también, no con aquella curiosidad hostil con que suelen mirar las madres á un pretendiente extraño, sino con el agrado con que pudiera mirar á un antiguo conocido.

Seguíalas yo, encantado de aquella amabilidad, forjándome ilusiones de que habría sido casual la entrada en aquella casucha y de que vivirían en otro lado, pues aquella distinción y aquella fina sencillez denunciaban claramente..., etc., etc. Pero llegó el desencanto muy pronto... tan pronto como llegaron ellas á la calle de Lope de Vega, pues la siguieron como la otra vez, y llegaron á la casa número 7 y entraron en el portal, y le atravesaron y salieron al patio, y le atravesaron también, y se perdieron de vista por la puertecita de los interiores.

Anduve paseándome por la calle, sin perder de vista la puerta de la casa, como media hora, á ver si salían; pero no salieron. Se me ocurrió preguntar quiénes eran á un zapatero remendon que trabajaba en el portal, y que sin duda desempeñaba al mismo tiempo la portería; pero rechacé la ocurrencia como inoportuna, porque la pregunta me pareció excusada y... algo denigrante... ¿Qué me im-

portaba á mí que fueran quienes fuesen?... Era indudable que vivían allí, y era indudable, por consiguiente, que eran unas pobres infelices...

En los primeros días siguientes me acordaba mucho de la niña del hábito y de sus miradas, que era lo que más me encantaba en ella... aunque, en rigor, me encantaba todo; no solamente aquellas miradas dulces, sino el modo de andar, el modo de ponerse la mantilla, la manera de abrir el libro, la manera de coger el rosario, y hasta la manera de mover los labios cuando rezaba.

El corazón estaba ya tan interesado por ella, que la quería, pobre y todo, y se defendía con denuedo en su querencia; pero la razón, la fría razón, ayudada de la vanidad, de la soberbia, del orgullo y de otros auxiliares más ó menos innobles, rechazaba severa é indignada sus defensas y sus solicitudes como pecaminosas debilidades.

Temeroso de no poder resistir á los legítimos deseos del corazón, determiné ponerla en ridículo, no sólo ante mi juicio propio, sino también ante mis amigos y compañeros, á quienes conté la historia con todos los detalles del hábito, de las miradas dulces, de las elegancias *exteriores* y de la vivienda *interior*, al otro lado del patio.

Como á mí me llamaban los periódicos liberales *ultramontano*, por mis ideas de católico intransigente, y yo sabía que á los primeros que llevaron este apodo se les aplicó porque vivían más allá, al otro lado de los montes, la dí en llamar á ella *ultrapatiana*, porque vivía más allá del patio.

Les hizo gracia el mote á mis amigos, y siempre le usaban para preguntarme por ella cuando querían darme broma.

—¿Qué tal la *ultrapatiana*?—me decían.

—No la he vuelto á ver—les contestaba yo desdeñosamente.

Y luego hacían conmemoracion de los detalles que les había contado, y se reían mucho; y... es claro, así no podía yo volver á pensar seriamente en ella, porque se burlarían de mí y me pondrían en ridículo, y herirían mi amor propio con las armas que yo mismo les había dado...

Así concluyó todo... así fui dejando de pensar en ella, y abandoné por completo aquel rastro de mi felicidad, tan sin razon como suelen abandonar muchas veces el que han seguido en busca del autor de un delito los jueces de primera instancia.

Algun tiempo despues, tras de mucho dudar y mucho pensarlo, entré en relaciones con una hija de la Vizcondesa del Alcor, que me

resultó orgullosa y pobre, y que con embelezcos y roderías me tuvo entretenido once años, hasta que se hizo vieja... y yo, figúrate...

Y aquí me tienes hecho un desgraciado... el hombre más desgraciado de la tierra.

—Eso es mucha exageracion—le dije á Juan; —pero bueno, ¿cuándo fué cuando estuviste tan cerca de ser feliz? ¿No me decías al empezar que habías estado á cuatro pasos de la dicha? ¿Quién era la dicha?

—La *ultrapatiana*... ¿No sabes quién era la *ultrapatiana*?

—No... ¿quién era?

—La Condesita de Santibáñez... la mismísima Condesa de Santibáñez, á quien yo deseaba conocer y de quien había oído tan buenas referencias y tantas ponderaciones.

—¿Y vivía en aquel casucho?

—No, no vivía allí, sino en un suntuoso palacio de la calle de Atocha... En aquel casucho entraban aquellos días, despues de oír misa, ella y su madre, á visitar á una pobre enferma del pecho, á la mujer del zapatero del portal, que estaba ya sacramentada, y todos los días iban á llevarla limosna y á consolarla y hacerla compañía desde la once hasta cerca de la una.

—¿Y cuándo lo supiste?

—Cuando ya no tenía remedio... Poco hace

todavía que he tenido el dolor de enterarme de todo, por un sacerdote que fué capellan de la casa y que ha cometido la imprudencia, ó no sé si la crueldad, de contármelo.

—¿Y cómo se mostraba ella desde luego tan favorable á tus primeras insinuaciones?... ¿Te conocía?

—¡Claro que me conocía! Verás... Había oído hablar mucho de mí en la temporada aquella de mi mayor lucimiento literario y político de que te hablé antes, y como era de las mismas ideas mías, leía con fruicion y complacencia, todas las noches, mi obra en el periódico, y también mis versos en los semanarios ilustrados donde aparecían... Estaba enamorada de mí sin conocerme...

Procurándolo muy á finas veras, fué una noche á una sesion de la Juventud Católica y allí me vió; y como también exteriormente fuí de su agrado, su aficion creció hasta el punto de estar hablando de mí y pensando en mí continuamente.

Fué alguna otra noche á la Juventud Católica, segun me ha dicho el capellan, buscando la ocasion de que alguien me presentase á ella, mas no la halló fácil como quería; es decir, que no pudo conseguirlo disimuladamente. Llegó á pensar en escribirme ella misma con algun pretexto, dándome la enhorabuena como co-

rreligionaria por alguno de mis artículos, ó pidiéndome copia de alguna composicion poética de las que más la habían gustado, ó con otro motivo cualquiera que sirviese para trabar amistad, que luego pudiera sufrir la transformacion conveniente. Mas al fin nada de esto se atrevió á hacer, por creerlo fuera de los usos corrientes, y determinó poner el caso en mano de Dios, pidiéndole la realizacion de su deseo por la intercesion de los santos, y precisamente para eso, para pedirle que yo me fijara en ella, estaba haciendo aquella novena á San Antonio.

Al tercer día de la novena aparecí yo en la iglesia... y naturalmente, sospeché que iba por ella y que era San Antonio quien me llevaba. Y cuando al día siguiente volví y me fijé en ella más y la miré mucho y la seguí por la calle, tuvo ya por seguro que San Antonio había hecho el milagro...

Y sí le habría hecho; pero se le deshizo el demonio... el demonio de la soberbia y del orgullo y del apegamiento al propio parecer...

Por algo dijo Campoamor, en su humorismo habitual, que

«En materias de amor y matrimonio puede más que los santos el demonio».

Como ella estaba en cuenta de que yo la conocía y de que al seguirla sabía quién era, cuando vió que despues de haber comenzado á demostrarla aficion me retiré completamente, creyó que era que no me había gustado por su figura ó por otra cualquier circunstancia, y pasó muchísima pena, pero siguió queriéndome resignada y sin perder la esperanza del todo...

Despues comenzó á pretenderla un primogénito de marques muy acaudalado, pero muy majadero, y no le hacía caso, naturalmente. Pero no sé quién habló á la madre en su favor, diciéndola que, aunque no era de muchos alcances, era un buen muchacho que sabría estimar y considerar á su mujer; y la buena señora, en su deseo de no dejar á su hija soltera el día de su muerte, que ya creía cercano, empezó á interesarse por él y á aconsejarla á ella que le aceptara.

La pobre niña, que quería muchísimo á su madre, pero que sentía mucha repugnancia por semejante novio, por no verse en el caso de tener que ir de plano contra la voluntad de aquella á quien más sentía disgustar negándose á aceptar el matrimonio que la proponía, la pareció mejor decir que no pensaba casarse con nadie y que tenía determinado dejar el mundo.

Y, en efecto, así lo confirmó poco despues, retirándose al convento de Santo Domingo, donde profesó y donde, como no tenía naturaleza para la vida claustral y penitente, creo que vive enferma, despues de haber muerto su madre de hipocondría, originada por la tristeza de verse separada de ella.

Ya ves—concluyó Juan muy triste—cuántas desgracias acarreadas por mi equivocacion, por mi desidia, por no haber dado un par de azadonadas más..., por no haber preguntado al zapatero quiénes eran aquellas señoras..

IX

LO DESCONOCIDO

## LO DESCONOCIDO

---

—¿Que no puedes creer que yo te quiera tanto, tanto? —decía Eduardo Cajigal á su novia Isabel Villaverde ocho días antes de casarse; —¿que no es posible que esté tan enamorado de tí como digo, porque tú no tienes nada de particular?...

—Y es verdad —dijo con sencilla naturalidad Isabel.

—Bueno... eso es modestia tuya... —replicó Eduardo.—Si no tuvieras tambien esa virtud... no las tendrías todas.

—¡Ay! ¡Cómo estás esta noche!

—Lo mismo que siempre... Pero ¡decir que tú no tienes nada de particular!... Mira: tienes tanto, tanto, como que todo es particular en tí; como que yo no he visto nada parecido á tí en mi vida, ni espero verlo. Porque, en primer lugar, eres hermosísima...

—No seas loco.

—Sí, hermosísima; á mí me pareces hermosísima... y además, todos me lo dicen.

—Hombre, de cumplimiento, naturalmente... Los que te hablen de mí, sabiendo que te vas á casar conmigo, ¿te van á decir que soy fea?...

—No; pero bien se conoce cuándo se habla de cumplimiento y cuándo se habla de verdad. Para decirle á uno, por cortesía, que tiene buen gusto, no se necesita hablar con el fervor con que me dicen á mí que eres una mujer encantadora, que...

—Mira, si sigues así, me voy á mi cuarto, y tendrás que acercarte de miron á la mesa del tresillo ó ir á tomar parte en la conversacion de mi madre y las demás señoras mayores.

—Pero si es verdad, si te diré una cosa... Y eso que, por otro lado, no te la había de decir, no sea que vayas á enorgullecerte...

—Bueno; pues no me la digas... Mejor es que no me la digas, porque será alguna bobada regularmente.

—¡Gracias, amor mío! ¡Gracias por la franqueza!... Es decir, que de mí no se puede esperar otra cosa que...

—No, hombre, perdona; no he querido decir eso, sino que como esta noche estás empeñado en decirme bobadas...

—Bueno; pues verás lo que te iba á decir: que eres hermosísima...

—¿Otra vez?

—Y que eso solo, ese rostro escultural, animado por esa sonrisa trastornadora, es bastante para explicar que esté yo tan enamorado de tí como te digo y como lo estoy realmente. Pero te diré más: si te afearas, si te pusieras horrorosa, por ejemplo, si te dieran unas viruelas...

—¡Jesus, hombre!... ¡Mejor lo haga Dios!

—¡Claro que lo hará! No creas, no es más que un suponer. Pero si, lo que Dios no quiera nunca jamás, te dieran mañana unas viruelas y te dejaran pintada, ennegrecida, desfigurada, vamos, horrible, seguiría tan enamorado de tí como ahora, sólo porque continuaras mirándome con esos ojos tan hermosos, tan enloquecedores y tan dulces...

—Por Dios, no digas tonterías.

—Y más te diré todavía: si también te quedaras ciega...

—¡Ave María Purísima!... ¡No lo quiera Dios!

—No; ni yo lo quiero tampoco: es para pintarte lo que siento por tí... y el atractivo irresistible que para mí tienes por muchísimos conceptos... Si además de dejarte las viruelas desfigurada y horrorosa te dejaran ciega, toda-

vía te querría lo mismo que antes y seguiría tan enamorado de tí por oírte hablar, y me casaría contigo porque regalara constantemente mis oídos el metal de tu voz, de esa voz tan atractiva, tan cariñosa, tan simpática como no es posible que haya otra en el mundo...

—¡Qué exagerado eres!

—No, no exagero nada. Y todavía te diré más... Aun cuando también te quedaras muda...

—¡Virgen santa!

—Ya te he dicho que hablo solamente en el supuesto de que eso sucediera... Si te quedaras muda ó afónica, de suerte que no se te pudiera oír una palabra, continuaría perdidamente enamorado de tí, sólo por tu modo de andar, por esa gracia y esa elegante sencillez que no tiene nadie más que tú.

—No seas adulator, ya te lo he dicho.

—No te adulo: déjame que acabe. Si, por último, también llegaras á perder ese encanto irresistible; si te quedaras tullida...

—¡Dios mío!...

—No, no te asustes... ya sabes que no es más que suposición: si te quedaras tullida, sin poder andar, todavía seguiría igualmente enamorado de tí y me uniría á tí contentísimo en lazo indisoluble, por estar siempre cerca de

esa alma pura y bendita y escogida de Dios; porque yo creo que no hay en el mundo una alma tan buena, tan dulce y tan santa como la tuya...

.....  
.....  
Cuatro años hace que se casaron Eduardo é Isabel.

En ese tiempo han tenido un niño y una niña, ambos muy hermosos.

Y, por supuesto, á Isabel no la han dado las viruelas, gracias á Dios, ni se ha quedado fea, ni desfigurada, ni ciega, ni muda, ni tullida, afortunadamente.

Está tan hermosa como antes de casarse, ó algo más si es posible; tiene la misma belleza escultural en su semblante, animado por la misma sonrisa; tiene los mismos ojos, con la misma dulzura en la mirada; tiene el mismo timbre de voz, agradabilísimo realmente; la misma esbeltez, la misma distinción, la misma gracia en el andar..., y en cuanto al alma, no es menester decir que también es la misma, con la misma dulzura, la misma sencillez, la misma modestia y todas las demás virtudes.

Pero su marido se ha acostumbrado á todos aquellos encantos, y ya no le llaman la atención como antes. Ni le trastorna aquella son-

risa, ni le enloquecen aquellos ojos, ni el metal de aquella voz le atrae, ni le hace la gracia que antes aquel modo de andar, ni estima ya como una felicidad el estar cerca de aquella alma escogida de Dios, puesto que pasa lejos de ella todo el tiempo que puede.

Eduardo es ingeniero de montes. Hijo de una familia noble y piadosa, fué educado cristianamente y en su juventud se conservó sano.

Cuando salió de El Escorial, despues de haber concluído sus estudios y de haber sido algunos años profesor de la Escuela, todavía era un buen muchacho. Pero despues de casado y destinado al Ministerio, dió en ir al casino, contrajo allí ciertas amistades, y por aquello de que quien con lobos anda á aullar se enseña, fué perdiendo la afición á la vida de familia y el cariño á su mujer, de manera que en cualquier parte le gustaba estar más que en casa.

Todavía no se determinaba á decir á su mujer que se iba al casino, ni se atrevía á hacerla entender que se aburría á su lado; pero trataba de engañarla con pretextos.

La Junta de repoblacion de montes debía de estar poco menos que en sesion permanente, porque á cualquier hora del día, y áun de la noche, tenía Eduardo que ir á tomar parte

en sus tareas... Por las noches mas comunmente reclamaba su presencia el Círculo de Bellas Artes, donde había entrado hacía años como socio, porque era algo poeta, y donde ahora le habían hecho vocal de la Junta directiva.

La pobre Isabel conocía el desvío de su marido, y le lloraba á solas y pedía á Dios el remedio, porque en el mundo apenas tenía á quién volver los ojos. Su madre había muerto tranquila y feliz poco despues de haberse ella casado. La quedaba su tío el Conde de Carvajal (título que había de heredar Isabel); pero ¿qué le iba á contar ella á aquel santo varon que no pensaba ya más que en prepararse para la muerte? ¿Cómo iba ella á amargar con sus quejas los últimos días de aquel pobre anciano, que la quería muchísimo y que estaba en la creencia de que era muy dichosa?...

Para tener á quién contar sus cuitas quiso intimar con una hermana de Eduardo, mayor que él, casada hacía ya mucho tiempo, y á la cual hasta entonces apenas había tratado, porque Clara, que así se llamaba, había vivido fuera de Madrid. Era Clara mujer de buen corazon y muy discreta, de suerte que no tardó en llegar á conocer á fondo la sincera bon-

dad de Isabel, y pronto se quisieron como las mejores hermanas.

Contaba Isabel á Clara los tristes indicios del extravío de Eduardo, y trataba Clara de consolar á Isabel, disuadiéndola de sus amargas sospechas.

—Estará de veras ocupado—la decía,—y por eso parará poco en casa, pues de otro modo no me lo explico... Porque él te quiere, conozco yo que te quiere, pues cuando le hablo de tí, ponderándote, me oye con mucha atención y se anima y se conoce que lo agradece... Anteayer, que estuvo en casa un momento, le dije que había ido el día antes contigo á tiendas, y añadí, como que no hacía nada: «Me gusta mucho ir con Isabel, porque como es tan simpática y tiene ese agrado, nos sirven con más amabilidad en todas partes y con más esmero... Ayer, en cuanto entramos en casa de Escolar, tres ó cuatro dependientes dejaron lo que estaban haciendo para acudir á ponernos sillas y á ver qué deseábamos, como si el comercio fuera para nosotras solas». ¡Y si vieras con qué alegría y con qué gusto me escuchabais!

La pobre Isabel contestaba á estos optimismos de su cuñada comunicándola sus observaciones, no tan lisonjeras, ni con mucho, pero más aproximadas á la realidad, desgraciadamente.

Eduardo no pasaba todavía de ser un pecador *teórico*, digámoslo así. Pecaba ordinariamente de pensamiento, y á veces tambien de palabra, tomando parte en las conversaciones obscenas del Casino... Todas las mujeres que veía por la calle le parecían mejor que la suya, y se le iban los ojos tras de cualquier talle un poco airoso, ó tras de cualquier palmito medio agraciado. A veces no solamente los ojos, sino él mismo en persona se iba tambien tras de alguna repolisca del gremio costurero, y á media voz la decía cuatro chicoleos; pero de ahí no pasaba... No era todavía lo que se llama un perdido, pero estaba en camino de perderse.

Llegó un día en que hubo de entrar en cuentas consigo mismo, y decidió seriamente mudar de vida. Pero... ¿ustedes creen que para mejorarla? Pues no; sino para empeorarla todo lo posible.

—«La verdad es—vino á decirse—que si yo me muriera ahora y me llevara el diablo, que sería lo más fácil, me llevara de la manera más tonta del mundo... porque ¡cuidado que la vida que estoy haciendo es... mema de solemnidad! Esto no puede seguir así: hay que irse al vado ó á la puente. Ahora bien: ¿tengo aliento para subir el repecho y pasar el puente, separándome por completo de mis

amigos actuales, que me quieren hacer un perdido como ellos?... Es decir: ¿tengo valor, tengo fuerza de voluntad para ser bueno del todo?... No..., creo que no... Decididamente, no tengo valor para tanto... Pues no pudiendo ser bueno del todo, ¿qué adelanto con serlo á medias? Nada, nada, de perdido, al río; á ser malo y á divertirme como los demas...»

Tan extraña y desastrosa resolucíon no quiso Eduardo que se le apollara en proyecto, y decidió en seguida ponerla por obra.

Aquella misma noche había baile de máscaras en el Teatro Real, y allá fué Eduardo, empapado en el mal pensamiento de hacer lo que en el vocabulario de la mala gente se llama una conquista.

Pretextó, como otras veces, tener que asistir á Junta en el Círculo de Bellas Artes, y apenas concluyó de comer se marchó de casa, como quien dice con el bocado en la boca.

Y luego desde el Círculo se marchó al baile cuando le pareció ser ya la hora conveniente.

Á poco de entrar en el teatro se encontró con un amigo, y tuvo que pararse á saludarle.

—¿Cómo va esa repoblacion?—le dijo el amigo inmediatamente despues del ordinario saludo.

—Mal—contestóle Eduardo.—¿Cómo quie-

res que vaya? El Ministro de Hacienda no quiere darnos dinero, y sin dinero nada puede hacerse... ¡Ah! y lo peor es que no solamente no nos da dinero para repoblar los montes destruídos por la mala administracion, por la venalidad de guardas y capataces ladrones y por la codicia de los caciques, ladrones tambien, sino que ademas trata de vender ó de destruir los pocos que aun quedan poblados... Pero, entre paréntesis, ¡qué dos máscaras más monas esas de los pañuelos negros de Manila!... Lo que es la que le lleva bordado con flores encarnadas... ¡qué talle y qué andar y qué...!

—Sí, es una andaluza muy graciosa—le dijo el amigo.

—¡Ah! ¿la conoces?

—No; pero pasaron hace poco por junto á mí, que estaba distraído, y me dijo en andaluz cerrado: *Adió, ¿erio*.

Eduardo se despidió de su amigo y se fué en seguimiento de las dos máscaras de los pañuelos negros de Manila.

Estas se habían salido del salon, y cuando estuvieron solas en un pasillo, la de las flores encarnadas dijo á su compañera:

—Qué tal manejo el andaluz?

—Admirablemente—la contestó la otra.

—¿No se me conocerá?

—¡Quiá! Nada. Á mí misma me pareces andaluza de veras.

—¡Mira tú que una andaluza de Leon!...

—Pues, hija, estás admirablemente.

En cuanto volvieron á entrar en la sala se las acercó Eduardo, que andaba desbautizado buscándolas por todas partes y renegando del amigo que con su intempestiva conversacion le había hecho perderlas de vista.

Se puso al lado de la del manton bordado de flores encarnadas y comenzó á decirle cosas al oído, sin acertar á separarse de ella en toda la noche.

—¡Qué hermosa eres, mascarita!—comenzó diciéndola, sin reparar que tenía la cara tapada.

—¡Caya!... ¿Cómo lo haz notao?—le contestaba ella.—¿Me haj echao loz rayoz equiz?

—No; pero se conoce que eres hermosa... me lo da el corazon... No puedes menos de ser muy hermosa y muy simpática, segun eres de elegante y de graciosa en el andar y en el hablar, y... en fin, mascarita, te digo que eres mi ideal, y que en cuanto te he visto entrar en el salon ya no he podido mirar nada más que á tí, porque me has cautivado, me has robado el alma, y, sobre todo, desde

que te he oído hablar me he enamorado de tí perdidamente...

—¡Jui!... ¡Qué apriza!... ¡Puez hijo!... Ezo é demaziao.

—No es más que la verdad. Créeme, mascarita..., te lo juro.

—Azí te creeré menoz... ¡Zi no é pozible!... Y aunque fuera... Zi te hubieraz enamoro azí tan de zopeton, ¿cuánto tardaríaz en olvidarme?

—Toda la vida, mascarita, y más larga que fuera, y aunque me durara un par de siglos no te olvidaría nunca, porque...

—Mira, déjame en pá zi quiere, no pierdaz er tiempo: no te creo ni una zola palabra...

—Pero ¿por qué, mascarita, por qué no has de creerme? Te aseguro, hermosa...

Y así anduvo toda la noche, junto á ella, como cosido á respunte, diciéndola lisonjas, repitiéndola juramentos de amor y haciéndola toda clase de ofrecimientos generosos, desde el inmediato y sencillo de pagarla la cena, hasta el remoto y grave de ponerla casa.

La máscara no aceptaba ninguno, ni áun el de la cena, porque había dado palabra á aquella amiga de no descubrirse, de no quitarse la careta en toda la noche, y no podía quitársela.

Por fin, despues de mucho embromar al

ingeniero de montes hasta volverle tarumba, se fueron las dos amigas, como distraídas, hacia el restaurant y entraron en un departamento reservado, con lo cual Eduardo vió los cielos abiertos.

Apenas se habían sentado acudió un camarero, que no reconociendo á Eduardo por parroquiano antiguo, no recordando haberle visto nunca, se le acercó muy alegre, con la esperanza de cobrarle una buena cuenta, por aquello de que «al ave de paso, cañazo».

—¿Quieren los señores la lista?—dijo presentándosela.

—Todavía no: ya avizaremos—contestó la máscara de pañuelo con flores.

Eduardo estaba como loco, rogando sin cesar á su mascarita que se descubriera el rostro y llamándola hermosa...

—¿Y zi luego rezultaze fea?—le dijo ella una vez.

—No, imposible: tú no puedes ser fea—replicaba Eduardo:—me da el corazon que no eres fea, sino guapísima... Pero ¿quieres que te diga la verdad?... Pues aunque fueras más fea que Picio, no dejaría de quererte siempre; porque me enamora en tí todo, especialmente ese timbre de voz atractivo y dulce, esa elegancia y esa distincion en el andar, y en fin, te juro, mascarita, que por llegar á poseerte daría gus-

toso toda mi fortuna y lo menos la mitad de mi vida...

—¡Tonto!... ¡Si me estás poseyendo tranquilamente hace cuatro años!—dijo con voz natural Isabel, quitándose la careta.

\* \* \*

Asustado Eduardo como si hubiera caído á sus pies una bomba, cayó él de rodillas á los de su mujer, diciéndola:

—¡Perdóname, bien mío, perdóname!

Y cogiéndola las manos se las cubría de besos, repitiendo sin cesar:—¡Perdóname, perdóname!...

Isabel lloraba.

Al cabo de unos instantes reparó Eduardo en la presencia de la otra máscara, que permanecía tapada y silenciosa, y dijo á Isabel:

—¿Quién es esta señora?

—¿Quién he de ser, perdido, quién he de ser? Tu hermana—le dijo severamente Clara destapándose,—tu hermana, que ha venido á ser testigo de tu maldad y de tu vergüenza...

—De mi vergüenza... dices bien—la contestó Eduardo.—De mi vergüenza, sí, de mi gran vergüenza, porque mayor no la he pasado ni la pienso pasar en mi vida... Perdóname tú también, hermana mía, perdóname...